tra confederación, y parece que no tuviéramos otra misión que la de salvaguardarnos del despotismo. Afuera hay otro objetivo igualmente importante, y que nuestro entusiasmo nos volvía incapaces de considerar. Me refiero al principio de estabilidad en la organización de nuestros gobiernos y al del vigor en nuestras actuaciones”.

El mismo proceso que en Inglaterra sigue la filosofía conservadora en Norteamérica. Un Partido con hombres de grande influencia, Jefferson, Madison, acogen sin reserva las ideas revolucionarias francesas. Son los Adams, padre e hijo, que actuando en el federalismo, con franca genialidad conservadora, no rechazan todo el volumen liberal francés, sino que le aplican un inteligente beneficio de inventario, sobre la pauta que Burke había trazado en Inglaterra.

La diferencia entre los dos procedimientos está, que al romperse las ligas coloniales, el conservatismo sostiene que debe respetarse el legado de las instituciones británicas, menos en el punto de la monarquía, porque América es esencialmente republicana. En Inglaterra la administración política se desarrolla en concierto democrático al rededor de un tornillo permanente, que es el Rey. En Norteamérica por el contrario se deseaba establecer la transitoriedad del Poder central, pero sin debilitar su autoridad. Jorge Washington con su moderación estableció la alternabilidad rigurosa, no como una institución jurídica, sino como una saludable costumbre política, que corrió por los años más difíciles de la organización de la Gran República del Norte, hasta que, a más de un siglo de distancia, la perturbó el segundo Roosevelt con sus cuatro elecciones sucesivas, que impuso a la

prudencia conservadora de los norteamericanos la necesidad, de llevar la costumbre de Washington, a precepto constitucional en virtud de una enmienda.

Es muy interesante para nosotros los hispanoamericanos la línea ondulosa que ha seguido en los Estados Unidos para su desenvolvimiento el conservatismo como filosofía política. Para concluir detengámonos un momento en una de sus cimas, George Santayana, filósofo de nacimiento y raza española, pero forjado, en la sociedad norteamericana, sobre el yunque de sus contradicciones de esplendor y dolor. Santayana cree que la inteligencia política tiene su dominio en el conservatismo. Escribe: “El liberal de hoy es un abogado de la tiranía del Estado en todos los campos, ofreciendo como disculpa su intención de libertar al pueblo”. Y más tarde, ya retirado para la meditación postrera de la vida en un convento de Italia, escribe, en el prólogo de su libro Dominaciones y Potestades. “Si una tendencia política incita mi ira, es precisamente la del liberalismo industrial: la de reducir todas las civilizaciones a un único patrón barato y monótono”. Pareciera que quisiera contestarle a un siglo de distancia la blasfemia de Stuart Mill de que el conservatismo es un Partido de estúpidos.

Para cerrar éste artículo, en descanso de mis lectores, y como una premisa para el que debo escribir directamente sobre el Partido Conservador de Nicaragua, recojo de Adams éstas cifras precisas para valorar el ideal conservador. El denominador fijo de una administración política conservadora es la moderación. Las cualidades indispensables en un gobernante conservador son la prudencia y la humildad, que suelen producir optimismo en el pueblo.

ANECDOTA DEL PRESIDENTE GRAL. TOMAS MARTINEZ

PROPIETARIOS A LA FUERZA

El General don Tomás Martínez decía que el hombre sin propiedad es peligroso.

En una época del gobierno de diez años del primer Presidente de los treinta ídem, desempeñaban, la Gobernación Militar de Managua el Coronel Agatón Solórzano, la Mayoría de Plaza el Capitán Vicente Vijil, y otros puestos militares de la ciudad el Capitán don Nicolás Méndez Jocote y los Tenientes Rosa Castillo, Dionisio López y Francisco y Adán Espinosa, a quienes el gobernante distinguía. Fijóse el General Martínez en que estos subalternos suyos echaban el sueldo por la ventana, y trató de corregirlos. El último de un mes los manirroto se quedaron sorprendidos cuando el empleado pagador les entregó la mitad de lo que devengaban.

—¿Y la otra mitad? —preguntaron.

—La otra mitad —les contestó el empleado— queda en depósito de orden del señor General Presidente.

—Pero...

—No hay pero que valga conmigo, el señor General Presidente lo manda.

—¿Qué será? —se decían aquéllos.

Y, creyéndose agraviados, ocurrieron al Palacio.

—¿Por qué nos han quitado la mitad de nuestro sueldo, General? —le hablaron al Presidente.

Y el Presidente les contestó:

—El hombre sin propiedad es peligroso. ¿Qué hacen ustedes el sueldo que ganan? Ya sé que van a decirme que la comida, el vestido, etc., pero yo quiero obligarlos a que compren casa en la que algún día formen un hogar. Viendo, pues, que el sueldo se volverá humo si cae íntegro en manos de ustedes, he ordenado que la Tesorería les guarde una parte de él en depósito. Nada se les quita, por el contrario, dentro de dos o tres años cada uno de ustedes tendrá una casa. El hombre sin propiedad es peligroso. ¿Están entendidos?

Y los beneficiados llegaron a tener casa y uno de ellos hasta finca.